

DE LA TORRE, José M^a, **Diario de Ricardo Molina (1937-1946)**, Cultura y Progreso, Paralelo 38, Colección Literaria, Córdoba, 1990.

Es digno del mayor elogio el entusiasmo de profesores y críticos de la literatura española por ahondar en la vida y obra de los componentes del grupo «Cántico». Tras el alto juicio valorativo de García de la Concha, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y otros destacados analistas, los nombres de Ricardo Molina, Pablo García Baena, Juan Bernier, Mario López y Julio Aumente han visto enriquecido su acervo documental por medio de interesantísimos ensayos como las tesis doctorales de Carlos Clementson, José María de la Torre y Juan José Moreno López, amén de centenares de artículos periodísticos y ensayos de revistas especializadas que conforman en la actualidad un riquísimo venero para el estudioso de este vital momento de la lírica cordobesa.

Por este motivo, hemos de felicitar muy sinceramente a José M^a de la Torre quien, tras publicar «Hacia una revisión crítica y hermenéutica de la vida y poesía de Ricardo Molina», nos proporciona con la edición del «Diario» del poeta pontanés una serie de notas breves y caprichosas, reveladoras de múltiples aspectos de su rica y compleja personalidad.

Aunque el citado «Diario» no responda a las directrices básicas de las «Memorias» tradicionales, gracias a él hemos podido conocer pequeñas manifestaciones confesionales, sentencias personales de profunda raigambre filosófica, juicios críticos sobre las diversas artes y, en esencia, una proyección de la intimidad de un poeta en constante conflicto entre espíritu y materia, paganismo hedonista y ascetismo cristiano, según expusiera brillantemente Julio Calviño Iglesias en su opúsculo «Antología poética del Grupo «Cántico».

La desesperanza y la idealización por medio del recuerdo, el llanto elegíaco por la fugacidad temporal, el agonismo existencial y la desarmonía con el mundo circundante y con numerosas personas con las que convivió son notas esenciales de este «Diario», escrito con la máxima sencillez, sin retoricismo, pero con notables rasgos estilísticos que demuestran la alta calidad de la prosa, poética en múltiples ocasiones, del celebrado autor de «Elegías de Sandua».

A través de estas páginas constatamos fehacientemente la alta valoración de la crítica de Ricardo Molina y su constante dedicación a la traducción de poemas en lengua francesa, aunque, al final, desistiera de este noble empeño que llenó numerosas páginas de la revista «Cántico».

Sus juicios sobre la música son plenamente válidos, como igualmente las críticas altamente elogiosas hacia la obra de su íntimo amigo y compañero Juan Bernier, el más citado en su «Diario». Ricardo Molina analiza la encomiástica labor creativa de numerosos componentes de la Generación del 27, sobre todo de Jorge Guillén y Dámaso Alonso.

Hay en estas páginas un ansia constante de búsqueda de la felicidad y entidad personal, a la vez que se hallan impregnadas de disgresiones filosóficas en las que aflora repetidamente su sentimiento católico, pese a sus manifestaciones neopaganas y su escepticismo enfermizo.

Encontramos auténticas atopeyas de personas a las que conoció y con las que convivió e igualmente, juicios muy personales sobre personajes de ficción, como D. Juan, acercándose en su apreciación a algunas de las notas que emitiera D. Gregorio Marañón sobre este mito del teatro español.

Sus opiniones y consideraciones sobre determinados objetos materiales nos recuerdan aspectos desarrollados por Egenio D'Ors en su obra «Oceanografía del tedio».

El «Diario» de Ricardo Molina es buena obra en la que podemos destacar la veracidad o fidelidad de los hechos narrados, muchos de ellos comprobados fehacientemente por el editor; la observación fría y desnuda del autor; la seguridad en la información y la elegancia y sencillez de estilo.

Felicitemos muy sinceramente al profesor José María de la Torre, gracias a cuya gestión y esfuerzo nos es posible conocer aspectos inéditos de una de las figuras más brillantes de la lírica cordobesa de la postguerra. Igualmente extendemos nuestra congratulación a la Fundación «Cultura y Progreso», que con una subvención del Área de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba, ha llevado a cabo la feliz edición de este libro en su Colección Literaria «Paralelo 38».

José M^a Ocaña Vergara

MAÑAS RINCON, Jacinto, **Decimas del 87 y Libro de Amaranta**, Imprenta Ideal, Madrid, 1989. **Poemas desolados**, Imprenta Ideal, Madrid, 1990. **Terra nostra. Libro de canciones**, Imprenta Ideal, Madrid, 1990.

Conocí a Jacinto Mañas hace ya bastantes años, una tarde otoñal, en la quietud de su despacho profesional. Me impresionaron muy favorablemente sus profundos conocimientos sobre los más diversos géneros literarios, autores y obras universales. Su obra, de la que emitió un juicio altamente valorativo Vicente Aleixandre, se ha visto enriquecida con el paso del tiempo. A los ya conocidos libros «Poema del río», «Sonetos de la muerte», «Muerte de otro tiempo», «Pastoral de Corchuelos», «Sonetos de improprio», «Libro del corazón», «Anecdotario de amor», «Libro de canciones» y «Poemas desolados», se han unido otros títulos en los dos últimos años: «El cronicón de Montoro», «Decimas del 87 y Libro de Amaranta», «Terra nostra» e «Improprio número uno».

Jacinto Mañas es un autor de brillante maestría constructiva, de notabilísima intuición lírica y de acendrado espíritu artesano. Su lema «ora et labora» nos muestra a un artífice de la forma, que lo mismo nos sorprende con cancioncillas en las que parecen flotar los ecos del Romancero, del Cancionero, de Gil Vicente, la piedad más desolada y el acento amargo de Quevedo. Poeta, en esencia, de claras resonancias conceptistas; clásico, en ocasiones, y siempre de innegable hondura trágica que nos sobrecoge por la fuerza incoercible de sus versos.

La temática de Jacinto Mañas está enraizada en lo más recóndito de su alma. Su poesía, difícil e inextricable en algunos poemas de intensa fuerza desgarradora, está cuajada de bellísimas metáforas e imágenes que nos revelan su alta condición de poeta de primer orden.

Jacinto Mañas es un lírico de profunda entraña quevedesca. El terrible fantasma de la muerte, de la amargura y de la desesperación sale al exterior en forma de sátira y crítica de enorme fuerza corrosiva. Poesía sincera, tristísima, en ocasiones, pero, siempre de enorme profundidad.

Sus últimas creaciones, «Terra nostra», «Libro de canciones» e «Improprio número uno» sintetizan magistralmente sus afanes estéticos formalistas. Jacinto Mañas es un consumado artífice del soneto, la estrofa reina del Renacimiento español. Su obra «Improprio número uno» es una colección de sonetos, «desmemoriados, desvalidos», según propia confesión, que reúnen en la cerrada trabazón de sus catorce grupos melódicos, impresiones y juicios sobre el mundo y las personas a las que ha conocido. El gran afecto que profesó a Juan Bernier queda

patente en dos muestras de innegable calidad lírica. Jacinto Mañas encontró numerosos puntos de contacto en el poeta ya fallecido del Grupo «Cántico». Ambos vetaban cualquier regla o norma lógica para expresar temas enraizados en lo más profundo del corazón.

Por este motivo, Jacinto Mañas acude, en múltiples ocasiones, al versolibrismo para expresar la contradicción, el absurdo y la singularidad de la vida.

Pero junto a una temática de desesperanza, de constante lucha del individuo con su fe, Jacinto Mañas nos muestra en su obra la religiosidad de profundo corte existencialista que desemboca en la búsqueda de los más nobles ideales, de la sincera amistad y de la fraternidad humana.

En «Terra nostra» encontramos bellísimos cantares populares en los que brilla el apasionado cariño del autor por Montoro, que lo proclamó su Hijo Adoptivo. En estos poemas parece haberse perdido aquella nota de dolor y desilusión, y es que Jacinto Mañas aspira, eterno valor de la poesía, a plasmar en sus creaciones líricas los valores intemporales del hombre, como manifiestamente hiciera Gerardo Diego, amante de todos los temas y de todos los asuntos.

Jacinto Mañas se nos revela en estos libros como un consumado artista del fondo y de la forma, con un dominio de la técnica métrica que apenas encierra secretos para él. Tanto las formas modernas, el versículo, como las tradicionales, sonetos, romances y dominio del octosílabo, han encontrado en el poeta de Montoro a un feliz cultivador, que día a día perfecciona su estilo y enriquece su producción con títulos sugerentes de innegable calidad estética.

José M^a OCAÑA VERGARA